

Texto: **Joaquín Araujo**

 Se nos ha apagado el fuego? Era, Artemio, como uno de esos rescoldos de madera de encina que arden lenta, sabia y tenazmente para darnos el calor de la integridad. Esa, que aunque se nos quiera olvidar, es lo que más necesitamos en estos tiempos. En estos presentes que hacen añicos al pasado y desquician todos los porvenires. Aún así, con casi todos los sistemas de equilibrio rotos y siendo él, economista, y más consciente de ello que cualquiera de nosotros, nunca renunció al sosegado análisis, al inteligente debate, a la búsqueda de confluencias.

Se le podría considerar como un reconciliador nato. Cuando, sus ideas, todas las que defendió a lo largo de su vida, le habían llevado a ser un militar, combatiente, de alto rango, pero que se sabía y era pacifista convencido. Conciliar contrarios en uno mismo resulta especialmente ecológico. Acaso por eso y por ser una vitalista multiplicidad sobre dos piernas, Artemio Precioso, guerrero y guerrillero, catedrático y empresario, vino a desembocar en la pelea por la transparencia. Se nos hizo activista ecológico. No sin antes aportar una imponente caudal de reflexiones bien apuntaladas por su intensa formación académica. A lo que sumaba un talante que no podía diferir más del que ha ejercido mando con altos rangos militares.

Con él llegaron un buen número de profundas novedades y serios argumentos. Por un lado desde el Centro de Estudios Socioecológicos manaron decenas de artículos, ponencias y estudios que incrementaron la solidez de los argumentos ecologistas. Gracias a ellos aprendimos a jugar como eternos visitantes, pero conociendo mejor la forma que tienen los poderes de golear. Supimos sobrevivir con nuestras propuestas de que lo único que queríamos es convencerles de que no es bueno ni necesario que ellos, los dueños del sistema y no pocas veces del régimen, lo quieran todo. Se le puede considerar, sin duda, como un primer y sólido cimiento del pensamiento ecológico.

¡Con qué fortaleza exhibía Artemio Precioso su debilidad!

Pero además conseguía inmiscuir a la ternura en casi todas las discusiones, ponencias y hasta en las más encopetadas reuniones de trabajo de los comités, comisiones y asambleas de todo tipo. En las de Greenpeace, organización en la que desarrolló una imponente actividad, era incesante su aportación conciliadora a la par que rigurosa y, como no, arriesgada. Pero no menos en los consejos asesores y de seguimiento.

Un poco machadiano, tímido y bondadoso, a menudo se hacía querer con sólo dos palabras y una mirada. De ahí su indudable capacidad seductora, que le llevó a tener entre las mujeres, casi todas, una suerte de club de seguidoras entusiastas.

Estoy seguro de que si pudiéramos, una al lado de otra, las ocasiones en que Artemio rescató a naufragos en la desesperanza de que la lucha ecologista llegaría a alguna parte, seguramente nos topáramos con un listín telefónico nada tacaño. Solo por eso, por hacernos flotar en medio de las zozobras ya se merece todo nuestro agradecimiento.

A menudo cuando sigo intentando, derrota tras derrota, incompreensión tras incompreensión, contribuir a que la Cultura Ecológica alcance el lugar que se merece y necesitamos, me rescata un comentario que un día me obsequió. No lo reproduzco textualmente por aquello que se imaginan. Solo quiero afirmar que nunca se lo agradeceré lo suficiente. Sobre todo porque cabe trasladarla a todos los que precisamente peleamos por un mundo mucho menos opaco. Porque su ejemplo y su constante darnos ánimos seguirán reparando lo que hagamos. Su éxito -como persona, como activista, como pensador y como amigo- ya es legado y por tanto un excelente patrimonio común.

No.

No se ha apagado el fuego. Aunque ese tronco tan sólido que era Artemio Precioso haya dejado de arder, un rescoldo de brasas vivas chisporrotea en todos los que tuvimos la fortuna de frecuentarle, compartirle y comprenderle. 